



“CON EL BAUTISMO”
NOS ACEPTA COMO HIJOS DE DIOS AMOROSO

“CON EL BAUTISMO”

NOS ACEPTA COMO HIJOS DE DIOS AMOROSO

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

Primera Edición

JUNIO 2017

5,000 Ejemplares



Cuando los padres llevan un hijo a bautizar, están celebrando su propio Bautismo, y todo lo que este sacramento significa: El compromiso serio de seguir a Jesús en cada momento y circunstancia de la vida, sabiendo que el que ha sido unido a Cristo por el Bautismo, no hay ya lugar para el pecado.

“Vayan por todo el mundo y proclamen la buena nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea, se condenará.”

¿QUÉ ES EL BAUTISMO?

El Bautismo es un SACRAMENTO.

Los sacramentos son acciones simbólicas que hacen presente para nosotros la acción salvadora de Dios, en los diferentes momentos de nuestra vida. En los sacramentos Dios Amor nos comunica su Vida divina,

para que seamos y vivamos como verdaderos hijos suyos.

En los sacramentos, Dios – Padre, Jesucristo, y Espíritu Santo, Espíritu de Dios, obra en nosotros con toda su capacidad divina, y nos transforma desde dentro de nosotros mismos, para que seamos cada vez más imagen suya, transparencia de Jesús resucitado.

Acercarnos a recibir un sacramento nos exige ser dóciles a la acción de Dios, abrirle nuestro corazón, y permitirle obrar en él.

Por el sacramento del Bautismo, Dios acontece en nosotros y por este acontecer:

- Nos perdona el pecado original.
- Nos hace sus hijos, miembros de su familia celestial.
- Y nos comunica por primera vez su Vida divina, para que nosotros la hagamos crecer y dar fruto.

El Bautismo es el sacramento de la fe:



1. Porque exige que los padres y los padrinos crean y vivan su fe, para que garanticen la formación cristiana de su hijo y ahijado;

2. Porque comunica a quien lo recibe, el don de

la fe, que le permite adherirse a Jesucristo, para seguirlo en todo, a lo largo de la vida.

“En verdad te digo: El que no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios”

El Bautismo no es un sacramento que se recibe, y allí se acaba todo. No es una acción concluida. Todo lo contrario. El Bautismo inicia una dinámica diaria: Responder a lo que es ser hijo de Dios.

El Bautismo compromete totalmente la vida de quien lo recibe; es un sacramento que hay que vivir

cada día, cada hora, cada minuto, cada instante; un sacramento que nos hace solidarios con la vida y la muerte de Jesús. San Pablo les dice en su carta a los creyentes de la ciudad de Roma:

“¿O es que ustedes ignoran que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con Él sepultados por el Bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva.”

Bautizar es una palabra griega que significa “sumergir”. Bautizarse es sumergirse en la muerte de Jesús, para resucitar con Él a una vida nueva, la vida de la gracia, la Vida de Dios.

Esto quiere decir que quien recibe el Bautismo no puede ser ya una persona cualquiera, sino que tiene que hacerse uno con Jesús crucificado y resucitado; un hombre nuevo, un hombre de Dios, y, por lo

tanto, vivir como Jesús vivió, entregarse como Él se entregó, servir como Él sirvió, amar como Él amó.

“Los que han sido incorporados a Cristo por el Bautismo, se han revestido de Cristo.”

Celebrar el Bautismo es celebrar la salvación que Jesús consiguió para nosotros con su muerte y su resurrección; por eso la celebración del Bautismo es siempre alegre y festiva. El sacerdote usa vestiduras litúrgicas de color blanco, símbolo de alegría y de pureza.

El agua, la acción del sacerdote y sus palabras, son signo de la obra de salvación que Dios realiza en el niño.

El sacerdote unge al niño con el Óleo Sagrado o Crisma, que significa la consagración del nuevo hijo de Dios, para una misión muy concreta: vivir y anunciar a Jesús muerto y resucitado.



La imposición de la vestidura blanca indica cómo este nuevo hijo de Dios debe conservar sin mancha su dignidad

especial, y evitar el pecado.

“Todos nosotros... hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo.”

El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión.

Este sacramento es llamado también “baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo” porque significa y realiza ese nacimiento del agua y

del Espíritu sin el cual "nadie puede entrar en el Reino de Dios."

"Este baño es llamado iluminación porque quienes reciben esta enseñanza su espíritu es iluminado." Habiendo recibido en el Bautismo al Verbo, "la luz verdadera que ilumina a todo hombre", el bautizado, "tras haber sido iluminado", se convierte en "hijo de la luz", y en "luz" él mismo.

El Bautismo: Es el más bello y magnífico de los dones de Dios. Lo llamamos don, gracia, unción, iluminación, vestidura de incorruptibilidad, baño de regeneración, sello y todo lo más precioso que hay. Don, porque es conferido a los que no aportan nada; gracia, porque es dado incluso a culpables; bautismo, porque el pecado es sepultado en el agua; unción, porque es sagrado y real; iluminación, porque es luz resplandeciente; vestidura, porque cubre nuestra vergüenza; baño, porque lava; sello, porque nos guarda y es el signo de la soberanía de Dios.



Desde el origen del mundo, el agua, criatura humilde y admirable, es la fuente de la vida y de la fecundidad. La

Sagrada Escritura dice que el Espíritu de Dios "se cernía" sobre ella.

“¡Oh Dios!, cuyo Espíritu, en los orígenes del mundo, se cernía sobre las aguas, para que ya desde entonces concibieran el poder de santificar”

El arca de Noé una prefiguración de la salvación por el bautismo. En efecto, por medio de ella "unos pocos, es decir, ocho personas, fueron salvadas a través del agua.

“¡Oh Dios!, que incluso en las aguas torrenciales del diluvio prefiguraste el nacimiento de la nueva

humanidad, de modo que una misma agua pusiera fin al pecado y diera origen a la santidad.”

Nuestro Señor se sometió voluntariamente al Bautismo de san Juan, destinado a los pecadores, para "cumplir toda justicia." Este gesto de Jesús es una manifestación de su "anonadamiento." El Espíritu que se cernía sobre las aguas de la primera creación desciende entonces sobre Cristo, como preludio de la nueva creación, y el Padre manifiesta a Jesús como su "Hijo amado."

Según el apóstol san Pablo, por el Bautismo el creyente participa en la muerte de Cristo; es sepultado y resucita con Él.

Los bautizados se han "revestido de Cristo." Por el Espíritu Santo, el Bautismo es un baño que purifica, santifica y justifica.

El Bautismo es, pues, un baño de agua en el que la "semilla incorruptible" de la Palabra de Dios produce su efecto vivificador.

Puesto que nacen con una naturaleza humana caída y manchada por el pecado original, los niños necesitan también el nuevo nacimiento en el Bautismo para ser librados del poder de las tinieblas y ser trasladados al dominio de la libertad de los hijos de Dios, a la que todos los hombres están llamados. La pura gratuidad de la gracia de la salvación se manifiesta particularmente en el bautismo de niños. Por tanto, la Iglesia y los padres privarían al niño de la gracia inestimable de ser hijo de Dios si no le administraran el Bautismo poco después de su nacimiento. Los padres cristianos deben reconocer que esta práctica corresponde también a su misión de alimentar la vida que Dios les ha confiado.

Los distintos efectos del Bautismo son significados por los elementos sensibles del rito sacramental. La inmersión en el agua evoca los simbolismos de la muerte y de la purificación, pero también los de la regeneración y de la renovación. Los dos efectos principales, por tanto, son la purificación de los pecados y el nuevo nacimiento en el Espíritu Santo.

Por el Bautismo, todos los pecados son perdonados, el pecado original y todos los pecados personales, así como todas las penas del pecado. En efecto, en los que han sido regenerados no permanece nada que les impida entrar en el Reino de Dios, ni el pecado de Adán, ni el pecado personal, ni las consecuencias del pecado, la más grave de las cuales es la separación de Dios.

El Bautismo no solamente purifica de todos los pecados, hace también del neófito "una nueva criatura," un hijo adoptivo de Dios que ha sido hecho "partícipe de la naturaleza divina", miembro de Cristo, coheredero con Él y templo del Espíritu Santo.

El "sello del Señor", es el sello con que el Espíritu Santo nos ha marcado "para el día de la redención." "El Bautismo, en efecto, es el sello de la vida eterna." El fiel que "guarde el sello" hasta el fin, es decir, que permanezca fiel a las exigencias de su Bautismo, podrá morir marcado con "el signo de la fe", con la



fe de su Bautismo, en la espera de la visión bienaventurada de Dios y en la esperanza de la resurrección.

La iniciación cristiana se realiza mediante el conjunto de tres sacramentos: el Bautismo, que es el comienzo de la vida nueva; la Confirmación, que es su afianzamiento; y la Eucaristía, que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformado en Él.

El Bautismo constituye el nacimiento a la vida nueva en Cristo. Según la voluntad del Señor, es necesario para la salvación, como lo es la Iglesia misma, a la que introduce el Bautismo.

Desde los tiempos más antiguos, el Bautismo es dado a los niños, porque es una gracia y un don de Dios que no suponen méritos humanos; los niños son bautizados en la fe de la Iglesia. La entrada en la vida cristiana da acceso a la verdadera libertad.

VIVIR EL BAUTISMO ES:

Dar a Dios el primer lugar en nuestra vida, sin temor a las consecuencias. Luchar contra el pecado en todas sus formas, procurando hacer el bien siempre y en todo. Vivir el Mandamiento del amor: amor a Dios sobre todas las cosas, y amor a los hermanos, sin límites ni excusas. Hacerse servidor generoso y humilde de todas las personas, en especial de las más necesitadas, como lo hizo Jesús a lo largo de su vida. Ser siempre honesto, justo, sincero, veraz, porque Dios es la Verdad. Anunciar con las palabras y con la vida, la buena noticia de la salvación, el Evangelio: Jesús murió y resucitó para salvarnos. Por el Bautismo, el hombre viejo, el hombre pecador, cautivo del egoísmo, de la pereza, del odio, de la violencia, de la soberbia, del orgullo... debe morir, para dar lugar al hombre nuevo, al hombre de Dios, llamado a vivir como Jesús, en el amor, el perdón, la verdad, la justicia y la paz.

